

de las facciones; que tu confianza y estimacion serán títulos de proscripción para todos tus amigos; que á los clamores del patriotismo oprimido se les llamará gritos de sedicion, y que, no atreviéndose á atacarte en masa, te proscribirán en detalle en las personas de todos los buenos ciudadanos, hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos á servirlos. Así pues, los malvados nos imponen la ley de hacer traicion al pueblo, á riesgo de ser llamados dictadores. ¿Suscribirémos á esta ley? ¡No! Defendamos al pueblo, á riesgo de captarnos su estimacion; que corran al cadalso por la senda del crimen, y nosotros por la de la virtud.»

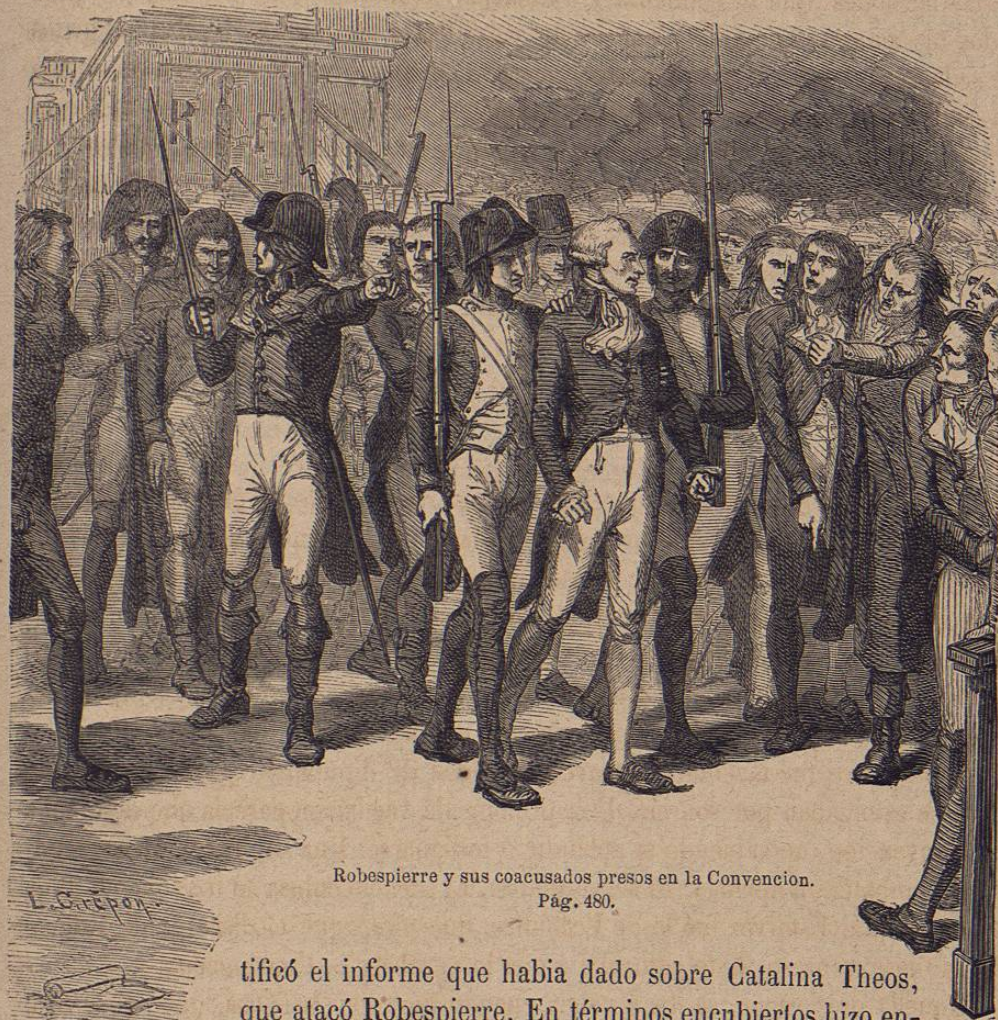
IV

Este extenso discurso, del que sólo hemos reproducido lo principal, dejando todo lo que no era sino el pretexto de la situacion, fué escuchado con un respeto aparente que servia para ocultar los sentimientos y los semblantes. Nadie se atrevió á expresar un murmullo aislado contra la sabiduría y la autoridad de semejante hombre. Esperaban que un murmullo general resonase para unirse á él; principiarlo era perderse. Cada uno temblaba en presencia de los demás. La hipocresía general de admiracion tenia la apariencia de una aprobacion unánime.

Robespierre fué á sentarse atravesando filas de diputados que se inclinaban y que se esforzaban por sonreír. Una prolongada vacilacion parecia que dominaba á la Convencion, no sabiendo si aplaudir ó indignarse. Una sublevacion era empeñar el combate; un aplauso, su servidumbre. El silencio cubria su irresolucion; una voz lo rompió. Esta voz fué la de Lecointre, que pidió que el discurso de Robespierre fuese impreso. Esto equivalia á que lo aprobase la Convencion.

Aquella proposicion se iba á votar, cuando Bourdon de l'Oise, que habia visto su nombre en todas las reticencias de Robespierre, y que conocia que una nueva audacia no le proscribiria más, resolvió interrogar el valor ó la cobardía de sus colegas. Experimentado en los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convencion le parecia un síntoma de libertad. Una palabra podia cambiarlo en sublevacion. Arrojar esta palabra en la Asamblea, si daba el golpe en vago, era jugar su cabeza, y Bourdon la jugó. «Me opongo—exclamó—á que se imprima este discurso; contiene materias demasiado graves para ser examinado; puede encerrar errores, como verdades. Está en la prudencia de la Convencion remitirle al exámen de los comités de salud pública y de seguridad general.»

Ninguna explosion resonó contra una objecion que el dia anterior habria parecido una blasfemia. El corazon de los conjurados se animó. Robespierre se admiró de su caida. Barere le miró, y creyó que ninguna adulacion era más compasiva que la que eleva el orgullo humillado. Sostuvo la impresion del discurso en términos que los dos partidos podian adoptar igualmente. Couthon, animado por la defeccion de Barere, pidió no solamente la impresion, sino la remision á todos los ayuntamientos de la república, y aquella impresion triunfal fué votada. La derrota de los enemigos de Robespierre se consumaba si no conseguian hacer retractar el voto. Vadier se levanta y se sacrifica. Robespierre intenta cortar la palabra á Vadier. Este insiste. «Hablaré»;—dijo con la calma que conviene á la virtud; y jus-



Robespierre y sus coacusados presos en la Convencion.
Pag. 480.

tificó el informe que habia dado sobre Catalina Theos, que atacó Robespierre. En términos encubiertos hizo entender que poseia la clave de los misterios en que sus mismos acusadores serian envueltos, y defendió al comité de seguridad general. «Yo tambien entro en la liza,—exclamó entonces el austero é íntegro Cambon,—aunque no he buscado formar un partido á mi inmediacion. No vengo armado con escritos preparados con anticipacion. Todos los partidos me han hallado intrépido en su camino, oponiendo á su ambicion la barrera de mi patriotismo. Ya es tiempo de decir la verdad entera. Un hombre solo paraliza la Convencion nacional, y este hombre es Robespierre.» A estas palabras, que estallan como el pensamiento comprimido de un hombre honrado, Robespierre se levanta y se excusa de haber atacado la integridad de Cambon.

Billaud-Varennes pidió que los comités acusados manifestasen su conducta. «No es el comité al que yo ataco,—respondió Robespierre.—Por lo demas, para evitar los altercados, pido que se me deje explicar con más extension.» «Nosotros lo pedimos tambien»,—exclaman levantándose doscientos miembros de la Montaña. Billaud-Varennes continuó: «Sí, Robespierre tiene razon: es necesario arrancar la máscara de los rostros en que se encuentra; y si es verdad que no somos libres, quiero más que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, que hacerme por mi silencio cómplice de sus maldades».

Panis, por mucho tiempo amigo y despues proscrito por Robespierre de los

Jacobinos, le echó en cara que reinaba en todo, y que proscribía sólo á los hombres que le eran sospechosos. «Tengo el corazón llagado,—exclamó Panis;—ya es tiempo que se desahogue. Se me pinta como un malvado ávido de sangre y colmado de rapiñas, y no he adquirido en la revolución para dar un sable á mi hijo con que marchar á las fronteras, y vestidos á mis hijas. Robespierre ha formado una lista en donde ha puesto mi nombre y destinado mi cabeza para la primera ejecución en masa.»

Un clamor de indignación siguió á estas palabras contra el tirano. Robespierre lo resistió con aspecto imperturbable. «Arrojando mi escudo,—dijo,—me he presentado al descubierto á mis enemigos. No me retracto de nada, no adulo á nadie, no temo á ninguno, y no quiero ni el apoyo ni la indulgencia de nadie. No trato de formarme un partido; he hecho mi deber, y esto me basta; que los demás hagan el suyo... ¡Y qué!—continuó.—¿Habré tenido valor de venir á depositar en el seno de la comisión verdades que creo necesarias para la salvación de la patria, para que se remita mi acusación al examen de los mismos á quienes acuso?»

«Cuando se pondera el valor de la virtud,—le dijo Charlier,—es necesario tener el de la verdad: nombrad á los que acusais.» «¡Sí, sí! ¡Nombradlos, nombradlos!»—repitió levantándose en acción amenazadora un grupo de la Montaña. Robespierre se calló. «Este discurso inculpa á los dos comités,—repuso Amar.—Es preciso que el acusador diga los nombres de los que designa. Un hombre no debe ponerse en lugar de todos; no es necesario que se turbe la Convención por el interés de un orgullo humillado. Que articule sus quejas y que se juzguen.» Thirion dijo que la remisión de semejante discurso á los departamentos sería la sentencia anticipada de los que inculpaba Robespierre. Barere, que veía vacilar á la Asamblea, procurando enmendar su primera adulación con palabras ménos reverentes contra el hombre que titubea, exclama: «Responderemos á esta declaración por victorias». Breard probó que la Convención se debía á sí misma la revocación del decreto que disponía la impresión y envió á los departamentos de un discurso peligroso á la república. Una inmensa mayoría votó con Breard.

V

Humillado Robespierre, pero no vencido, conoció que la Convención se le escapaba. Salió y se precipitó en medio de un grupo fiel en la tribuna de los Jacobinos, en donde le acogieron sus amigos como el mártir de la verdad y el herido del pueblo. Transportado á la tribuna en brazos de los jacobinos, Robespierre leyó allí, en medio del estremecimiento y de las lágrimas de entusiasmo, el discurso rechazado por la Convención. Gritos de furor, acentos de rabia y demostraciones de adoración interrumpieron y coronaron aquel discurso. Cuando se calmaron aquellas demostraciones, Robespierre, con la voz casi extinguida y tomando la actitud resignada de una víctima de la democracia, dijo: «Hermanos, el discurso que acabais de oír es mi testamento». «¡No, no! ¡Tú vivirás, ó todos moriremos!»—le responden las tribunas tendiendo los brazos hácia el orador. «¡Sí, es mi testamento,—repuso con profética solemnidad—es mi testamento! Lo he visto hoy; la liga de los malvados es de tal modo fuerte, que no puedo esperar salvarme de ella. ¡Sucumbo sin sentimiento! ¡Os dejo mi memoria, que os será querida, y vosotros la defendereis!»

Aquellas supremas palabras, aquella próxima muerte, aquella despedida que contenía á la vez una reprensión y una resignación, enternecieron hasta hacer llorar al pueblo y á los jacobinos. Coffinhal, Duplay, Payan, Buonarotti, Lebas y David se levantaron, interpellaron á Robespierre y le suplicaron que defendiese á la patria defendiéndose á sí mismo. Henriot exclamó, con la acción de un foragido, que tenía bastantes artilleros para hacer votar á la Convención. Robespierre, conmovido por aquel entusiasmo y arrastrado por la extremidad de las circunstancias más allá de su resolución, hizo señal de que aún quería hablar. «Pues bien,—exclamó:—¡separad á los malvados de los débiles! ¡Libertad á la Convención de los pícaros que la oprimen! ¡Devolvedle la libertad que espera de vosotros como en el 31 de Mayo y el 2 de Junio! ¡Marchad si es preciso, y salvad á la patria! Si á pesar de estos generosos esfuerzos sucumbimos, amigos míos, me vereis beber la cicuta con calma...» David, interrumpiéndole con una actitud antigua y con un grito salido del alma, le dijo: «¡Robespierre, si tú bebes la cicuta, yo también la beberé!» «¡Todos, todos pereceremos contigo!»—exclamaron millares de voces adictas.—¡Perecer contigo es perecer con el pueblo!»

Couthon, que observaba con sangre fría la efervescencia general, quiso aprovechar los momentos para hacer arrojar el guante á los jacobinos y separarlos de la Convención por los primeros insultos. Pidió que los miembros indignos de la Convención que percibía en un rincón de la sala fuesen expulsados. A estas palabras, Collot-d'Herbois, Legendre y Bourdon, que asistían á la sesión para espiar las disposiciones y el estado del espíritu público, fueron descubiertos, señalados con el dedo, insultados é intimidados á que se retirasen de las filas de los patriotas. Algunos se retiraron. Collot se lanza á la tribuna, pretende defenderse, muestra su título de primer republicano de fecha, y muestra el sitio de las heridas con que Admiral atravesó su pecho. Los silbidos cubrieron la voz de Collot-d'Herbois, la ironía parodió sus acciones, y los puñales amenazaron su cabeza. Con trabajo se libertó del furor de los jacobinos. Payan, aproximándose al oído de Robespierre, le propone levantar al pueblo ó ir á prender á los dos comités, que en aquel momento estaban reunidos en las Tullerías.

El impulso estaba dado, el espacio era corto, el éxito seguro, y el golpe decisivo. Sin jefe la Convención, se arrojaría al día siguiente á los pies de Robespierre, dando gracias á su vengador. Pero el dominador de los Jacobinos volvió, mientras duró la tempestad suscitada por la expulsión de Collot, á sus escrúpulos de legalidad. Creyó que el corazón del pueblo le dispensaría de emplear su mano, y que nunca la Convención se atrevería á atentar á una vida rodeada de semejante fanatismo. Rehusó. A esta denegación, honrada tal vez, pero impolítica, Coffinhal, cogiendo por el brazo á Payan y sacándole fuera de la sala, le dijo: «Ya ves que su virtud no puede consentir en la insurrección; pues bien, ya que él no quiere que se le salve, preparémonos á defenderle y á vengarle».

A estas palabras, Coffinhal y Payan se fueron al Consejo de la municipalidad, y pasaron la noche con Henriot en concertar para el día siguiente un levantamiento insurreccional del pueblo. Coffinhal, que era natural de las montañas de Auvernia, tenía la corpulencia, la estatura y el vigor muscular de las razas alpinas de su país. Era un coloso semejante á aquel labrador de la Tracia de que los soldados hicieron un emperador, admirados de la fuerza física de sus músculos. Así

como todos los hombres de este temple, apelaba pronto á las acciones desde que su palabra no causaba efecto. Payan fué el pensamiento, y Coffinhal fué el brazo de aquella noche y del día siguiente.

VI

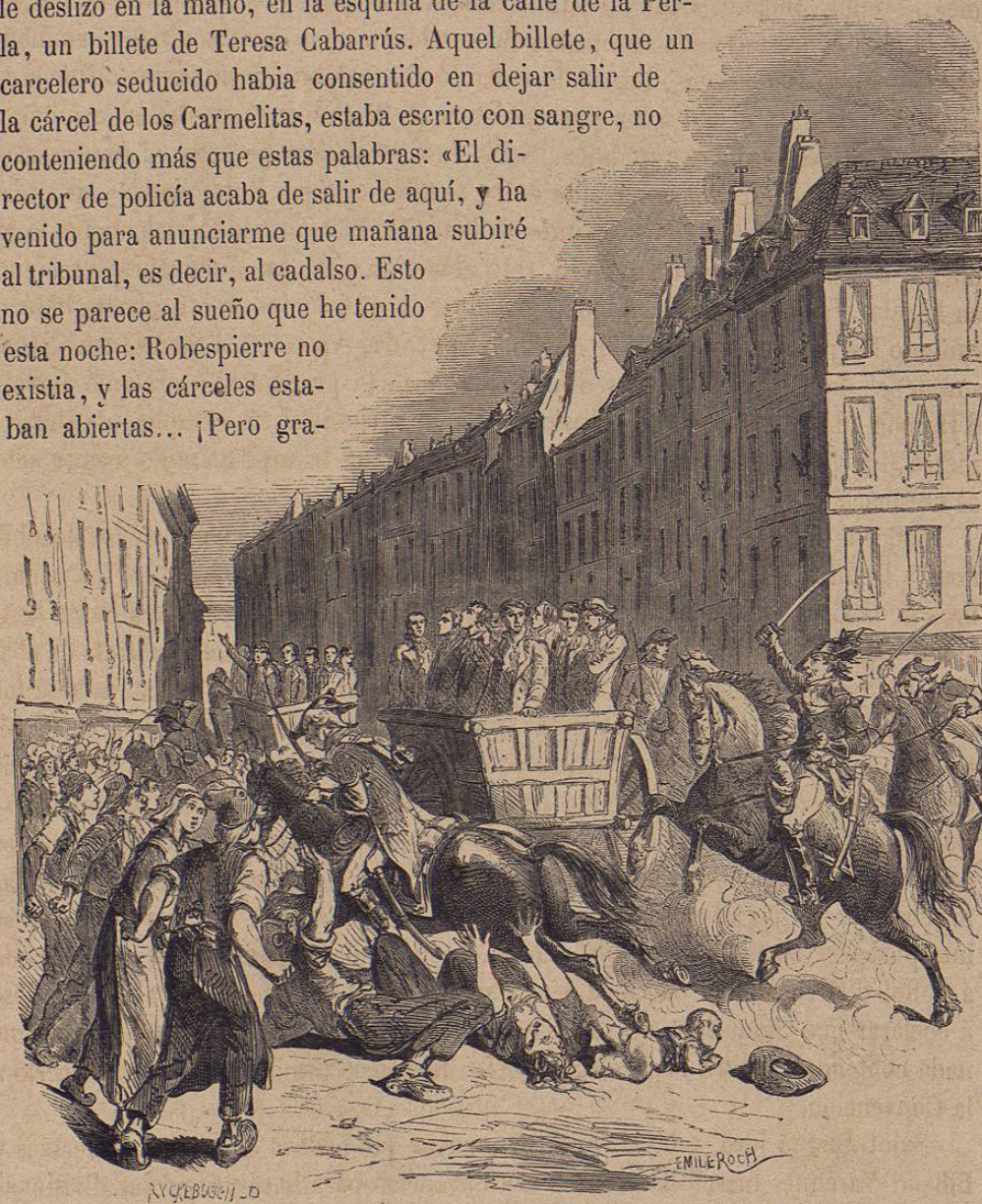
Miéntas que Robespierre levantaba y apagaba así sucesivamente á los Jacobinos, Saint-Just fué al comité de salud pública. No habia comparecido en él más que un momento, como se ha visto, desde su regreso del ejército. El comité estaba reunido para deliberar sobre los acontecimientos del día. Los colegas de Saint-Just le recibieron con semblante taciturno y con palabras embarazosas. «¿Qué te trae del ejército?» —le preguntó Billaud-Varennes. «El informe que vosotros me habeis encargado hacer á la Convencion», —respondió Saint-Just. «Bien; léenos ese informe», —repuso Billaud. «Aún no está terminado», —replicó el jóven representante; —vengo para concertarlo con vosotros.» Su semblante no expresaba ninguna animadversion contra sus colegas. Barere le encargó con palabras insinuantes no dejarse arrastrar por su amistad á las prevenciones de Robespierre contra el comité, y evitar aquel destrozo á la república. Saint-Just escuchaba pensativo á Barere, pareciendo que luchaba dolorosamente entre su adoracion por Robespierre y las amistosas súplicas de sus colegas, cuando Collot-d'Herbois, abriendo violentamente la puerta, con el semblante demudado, roto el vestido y el paso desigual, se precipitó en la sala. Venía de los Jacobinos, conservando aún la impresion que le habian causado los puñales con que vió amenazar su vida. Apercibió á Saint-Just. «¿Qué sucede en los Jacobinos?» —le dijo éste. «¡Y tú lo preguntas!» —exclamó Collot-d'Herbois dirigiéndose á Saint-Just. — ¡Tú lo preguntas, tú, cómplice de Robespierre, tú, que con él y Couthon habeis formado un triunvirato cuyo primer acto es asesinarlos!...»

Collot-d'Herbois contó precipitadamente á sus colegas la escena de los Jacobinos, la lectura del discurso, la incitacion á la rebelion, la expulsion de los miembros de la Convencion, las imprecaciones, los puñales; y volviéndose á Saint-Just, le asió por el cuello de la casaca, y moviéndole como un lidiador que trata de abate á sus piés á su enemigo, le dijo: «Tú estás aquí para espiar y denunciar á tus colegas; tienes en tus manos las notas que acabas de tomar contra nosotros. Ocultas bajo tu ropa el vil informe cuyas conclusiones son nuestra muerte. No saldrás de aquí hasta que hayas enseñado esos apuntes y manifestado toda tu infamia». Hablando de esta suerte, Collot-d'Herbois se esforzaba por arrebatar de las manos de Saint-Just y encontrar en sus bolsillos los papeles que creia que contenian las pruebas de su perfidia. Carnot, Barere, Billaud-Varennes y Roberto Lindet se interpusieron entre los dos adversarios, protegiendo á Saint-Just y restituyendo á Collot-d'Herbois á la decencia y al arrepentimiento de su violencia, limitándose á declarar que Saint-Just no saldria del comité sin jurar ántes que su informe nada contendria contra sus colegas, y sin que se lo comunicase ántes de leerlo á la Convencion.

Saint-Just lo juró, y les dijo con franqueza que pediria que Collot-d'Herbois y Billaud-Varennes fuesen llamados á la Convencion para hacer cesar las divisiones que agitaban al comité. Rehusó asistir por más tiempo á la sesion, en donde su

presencia se hacia sospechosa á sus colegas. «Me habeis angustiado el corazon, —les dijo al salir; —voy á desahogarlo á la Convencion.» Despues que salió Saint-Just, los miembros del comité decidieron, sobre la proposicion de Collot-d'Herbois, que Henriot fuese preso á la mañana siguiente por las palabras que dijo en los Jacobinos, y que Fleuriot, agente nacional de Paris, se presentase en la barra de la Convencion; y se separaron al salir el sol, yendo cada uno á buscar á sus amigos para informarles de las resoluciones y de los peligros que amenazaban aquel día.

Tallien, Freron, Barras, Fouché, Dubois-Crancé, Bourdon y sus amigos, cuyo número crecia, no habian dormido. Testigos el día anterior de las fluctuaciones de la Convencion, instruidos del tumulto de los Jacobinos, y ciertos de una lucha á muerte para el siguiente, habian empleado en conferencias y en averiguaciones las pocas horas que tenian para salvar sus cabezas. El ardor del odio y de la conjuracion se alimentaba en Tallien por el amor. Aquella misma noche, un desconocido le deslizó en la mano, en la esquina de la calle de la Perla, un billete de Teresa Cabarrús. Aquel billete, que un carcelero seducido habia consentido en dejar salir de la cárcel de los Carmelitas, estaba escrito con sangre, no conteniendo más que estas palabras: «El director de policia acaba de salir de aquí, y ha venido para anunciarme que mañana subiré al tribunal, es decir, al cadalso. Esto no se parece al sueño que he tenido esta noche: Robespierre no existia, y las cárceles estaban abiertas... ¡Pero gra-



Las últimas carretas.—Pág. 481.

cias á vuestra insigne cobardía, no se encontrará en Francia dentro de poco nadie que pueda realizarlo!»

Cuando el heroísmo se extingue todo, se rehace en la llama del amor, en un corazón de mujer. Tallien respondió lacónicamente: «Sed tan prudente como yo valiente, y calmad vuestra cabeza».

Sin embargo, la suerte del combate dependía en lo exterior de la energía de los hombres que tenían que defender con un puñado de bayonetas á la Convención contra un bosque de picas y algunos cañones, y dentro, de los resultados de la próxima sesión. Para el exterior, convinieron en dar el mando á Barras, que era la espada del partido; para la sesión, resolvieron arrebatársela á Robespierre quitándole la tribuna. Combatir la palabra por la palabra era de un éxito incierto; ahogarla por el silencio era mucho más seguro. Para esto era necesario dos cosas: un presidente que fuese cómplice de sus enemigos, cual lo tenían en Collot-d'Herbois; una mayoría resuelta con anticipación á sacrificarle, que podían obtener dividiendo á la Montaña y reanimando la venganza rencorosa aún que abrigaban los amigos de Danton; separando al centro, dócil hasta entonces á la voz de Robespierre, pero dócil más por miedo que por cariño, y evocando, en fin, á todas las víctimas y todos los resentimientos, acumulándolos sobre un solo hombre. Algunos emisarios hábiles é influyentes se emplearon toda la noche en arrancar al centro las esperanzas que se obstinaba en mantener por los designios de Robespierre, y en borrar del alma de aquellos restos de la Gironda el reconocimiento que le debían por haber defendido á los sesenta y dos contra las exigencias de los comités. Tres veces fracasaron las negociaciones, y otras tantas fueron reanudadas. Sieyes, Durand-Maillane y algunos convencionales influyentes vacilaron entre los comités, que aborrecían, y un hombre que había salvado á sus sesenta y dos colegas, que los protegía á ellos mismos con su indulgencia, y cuya dictadura, después de todo, sería un abrigo más seguro que la anarquía de la Convención. Un poder que no halla oposición se modera, pero una lucha encarnizada de ambición no deja seguridad ni á los actores ni á los espectadores del combate.

Los restos de los girondinos se resignaban fácilmente á la servidumbre, con tal que fuese segura; estaban ya cansados de crisis y mucho más de cadalsos, y no pedían más que la vida. Los más intrépidos, tales como Boissy d'Anglas, esperaban la hora de la reacción para destronar á la vez la anarquía y los tiranos de los comités. Los otros votaban por el partido que les ofrecía, no la mayor influencia, sino la vida más larga. Cada uno de los dos partidos les aseguraba que era el suyo. El centro temblaba de engañarse, y no se decidió hasta el amanecer. Bourdon de l'Oise hizo ver á los jefes más antiguos girondinos que su salvación pendía de la libertad y del equilibrio de la Convención; que entregarse á un dictador tal como Robespierre era entregarse, no á un dueño, sino á un cobarde esclavo del pueblo; que aquel pueblo, que le había pedido ya las cabezas de tantos de sus colegas, le pediría seguramente las de todos; que aquel hombre no tenía más fuerza para reinar que la de los Jacobinos; que la fuerza de los Jacobinos no era más que una sed insaciable de sangre; que Robespierre no podría conservar á los Jacobinos sino dándosela todos los días; que investirle con el poder supremo era darle el cuchillo con que degollaría á todos. Bourdon tranquilizó á aquellos hombres vacilantes sobre las intenciones de los comités, y les demostró que, una vez extirpado Robespierre

de aquel grupo de decenviros sin unión, se rompería, y que los comités, desarmados, renovados, ensanchados y poblados con sus propios miembros, no serían más que la mano, y no la cuchilla de la Convención. Estos motivos decidieron, en fin, á Boissy d'Anglas, Sieyes, Durand-Maillane y á sus amigos, que juraron alianza por una hora con la Montaña.

VII

Robespierre ignoraba aquella defección de la Llanura. Contaba firmemente con aquellos hombres, hasta entonces dóciles á su palabra. «Nada esperó de la Montaña,—decía al amanecer á los amigos que le rodeaban, enumerándoles sus probabilidades de triunfo.—Ven en mí á un tirano de que se quieren librar porque quiero ser moderador; pero la mayoría de la Convención está en mi favor.» El día le sorprendió en estas ilusiones, y le vió aparecer con confianza. Los jacobinos le presagiaban y le preparaban la fortuna. Coffinhal recorrió los arrabales, y Fleuriot arengó á la municipalidad. Payan convocó á los miembros de ésta para una reunión permanente. Henriot, seguido de sus ayudantes de campo, y ya vacilante en su caballo de la embriaguez de la noche, recorrió las calles inmediatas á la casa de la ciudad, y situó algunas baterías sobre los puentes y en la plaza del Carrousel. Los diputados, fatigados por un largo insomnio, y más aún por la incertidumbre de la jornada, acudían de todas partes á sus puestos. El pueblo ocioso vagaba por las calles y las plazas, como en expectativa de un grande acontecimiento. Robespierre se hacía esperar en la Convención. En la sala corría el rumor de que, humillado en la sesión del día anterior, rehusaba el combate de tribuna, y no volvería á la Convención sino con las armas en la mano y á la cabeza de la insurrección. Su presencia y la de Saint-Just y Couthon disiparon aquellos rumores.

Robespierre, vestido con más esmero que de ordinario, andaba con lentitud, con actitud segura y con la frente serena. Se leía la certeza del triunfo en su modo de mirar. Se sentó sin dirigir acción ni sonrisa alrededor de sí. Couthon, Lebas, Saint-Just y Robespierre el joven expresaban con su actitud la misma resolución; tomaban ya el continente de acusados ó dueños, pero más el de colegas ó iguales. Los jefes de la Llanura llegaron los últimos, y se pasearon antes de entrar en los corredores con los jefes de la Montaña. Los hombres de aquellos dos partidos, separados hasta aquel día por un horror y por un desprecio mutuo, se dieron las manos y se hicieron señales de inteligencia. Bourdon de l'Oise, encontrando á Durand-Maillane en la galería que precedía al salón, exclamó: «¡Oh! ¡Qué valientes son los hombres del costado derecho!» Tallien se multiplicaba, dirigiéndose á todos los representantes dudosos que estaban en la sala de la Libertad, desde donde se veía la tribuna. Animaba á los unos, amedrentaba á los otros, y anunciaba que se habían combinado medidas para conseguir un próximo triunfo. Comunicaba su alma en el alma de todos; pero viendo de repente á Saint-Just pronto á tomar la palabra, dijo: «Entremos. Ved á Saint-Just en la tribuna, y es necesario acabar». Y se apresuró á ocupar su asiento.

En efecto, Saint-Just empezaba á hablar en medio de los últimos murmullos de una asamblea que se apacigua; su discurso, que la muerte arrancó de su mano,